

26324

— ENRIQUE REOYO —
JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL HUESPED DEL SEVILLANO

ZARZUELA EN DOS ACTOS



MADRID

1927

— ENRIQUE BOTO —
— JOAN IGNACIO LUCA DE TENA —

EL HUESPED DEL SEVILLANO

EL HUESPED DEL SEVILLANO

Estimado Sr. Juan de los Rios,
Madrid del 3 de Febrero de 1926.

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright 1927, by E. Reoyo, J. I. Luca de Tena.

— ENRIQUE REYO —
JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL HUESPED DEL SEVILLANO

Zarzuela en dos actos, el segundo
dividido en dos cuadros, en prosa
y verso, con música del maestro

IACINTO GUERRERO

estrenada en el teatro de Apolo la
noche del 3 de Diciembre de 1926



MADRID
1927

ENRIQUE REYO
JUAN IGNACIO LUCA DE TENA

EL HUESPED DEL SEVILLANO

Traslado en los actos de la segunda
sesion en los cuartos de la casa
de la calle de la Cruz del Puerto

INCIDENTO GUERRERO

Realizado en el teatro de Apolo la
noche del 7 de Octubre de 1920



MADRID
1920

A Pepe La Morena

uno de los espectacores más benévolos de esta zarzuela, testimonio de cordial amistad.

Enrique Reoyo.

Juan Ignacio Luca de Tena.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
EL HUESPED DEL MESON DEL SEVILLANO. }	Jesús Navarro.
RAQUEL	Srta. Seica Pérez Carpio
CONSTANCICA.....	" Rosario Leonis.
TERESA (Lagarterana)....	" Paquita Alcaraz.
MESONERA.....	Sra. Romero.
GINESA.....	Srta. Durán.
DOROTEA.....	" Ramos.
JUAN LUIS.....	Sr. Pulido.
RODRIGO.....	" Lledó.
EL CONDE DON DIEGO.	" Frontera.
EL ESPADERO, MAESE ANDRES MUNES-TEIN }	" Cumbreras.
MESONERO.....	" Rodríguez.
CORREGIDOR.....	" Gallegos.
UN CAPITAN.....	" Iborra.
FRAY MIGUEL.....	" Martínez.
MOZA 1. ^a	Srta. Achaerandio.
IDEM 2. ^a	" Paso.
IDEM 3. ^a	" Recio.
IDEM 4. ^a	" López.
IDEM 5. ^a	" Rodríguez.
FEA 1. ^a	" Durán.
IDEM 2. ^a	" Paso (M).
IDEM 3. ^a	" López.
IDEM 4. ^a	" García.

PERSONAJES	ACTORES
LINDO 1.º.....	Srta. Martitegui.
IDEM 2.º.....	" Lina de Toca.
IDEM 3.º.....	" Rodríguez.
IDEM 4.º.....	" Mercedes Paso.
EMBOZADO 1.º.....	Sr. Iborra.
IDEM 2.º.....	" Gallegos.
IDEM 3.º.....	" Fernández.
IDEM 4.º.....	" López.
UN CORCHETE.....	" Moriña.
OFICIAL 1.º.....	" Navarro (José).
UN PREGONERO.....	" Moya.
UN CARRETERO (dentro)	" Barberá.

Mozos y mozas, lagarteranas, corchetes, trajinantes y espaderos.

La acción, en Toledo, a principios del siglo XVII.

Derecha e izquierda, la del actor.

El notable y graciosísimo actor Lino Rodríguez honró a los autores de esta obra, aceptando un papel inferior a su categoría, al que supo dar extraordinario realce.

SECRET

REPORT

CONFIDENTIAL

MEMORANDUM FOR THE DIRECTOR, NATIONAL SECURITY AGENCY

SUBJECT: [Illegible]

1. [Illegible]

2. [Illegible]

3. [Illegible]

4. [Illegible]

5. [Illegible]

6. [Illegible]

7. [Illegible]

8. [Illegible]

9. [Illegible]

10. [Illegible]

11. [Illegible]

12. [Illegible]

13. [Illegible]

14. [Illegible]

15. [Illegible]

16. [Illegible]

17. [Illegible]

18. [Illegible]

19. [Illegible]

20. [Illegible]

21. [Illegible]

22. [Illegible]

23. [Illegible]

24. [Illegible]

25. [Illegible]

26. [Illegible]

27. [Illegible]

28. [Illegible]

29. [Illegible]

30. [Illegible]

31. [Illegible]

32. [Illegible]

33. [Illegible]

34. [Illegible]

35. [Illegible]

36. [Illegible]

37. [Illegible]

38. [Illegible]

39. [Illegible]

40. [Illegible]

41. [Illegible]

42. [Illegible]

43. [Illegible]

44. [Illegible]

45. [Illegible]

46. [Illegible]

47. [Illegible]

48. [Illegible]

49. [Illegible]

50. [Illegible]

51. [Illegible]

52. [Illegible]

53. [Illegible]

54. [Illegible]

55. [Illegible]

56. [Illegible]

57. [Illegible]

58. [Illegible]

59. [Illegible]

60. [Illegible]

61. [Illegible]

62. [Illegible]

63. [Illegible]

64. [Illegible]

65. [Illegible]

66. [Illegible]

67. [Illegible]

68. [Illegible]

69. [Illegible]

70. [Illegible]

71. [Illegible]

72. [Illegible]

73. [Illegible]

74. [Illegible]

75. [Illegible]

76. [Illegible]

77. [Illegible]

78. [Illegible]

79. [Illegible]

80. [Illegible]

81. [Illegible]

82. [Illegible]

83. [Illegible]

84. [Illegible]

85. [Illegible]

86. [Illegible]

87. [Illegible]

88. [Illegible]

89. [Illegible]

90. [Illegible]

91. [Illegible]

92. [Illegible]

93. [Illegible]

94. [Illegible]

95. [Illegible]

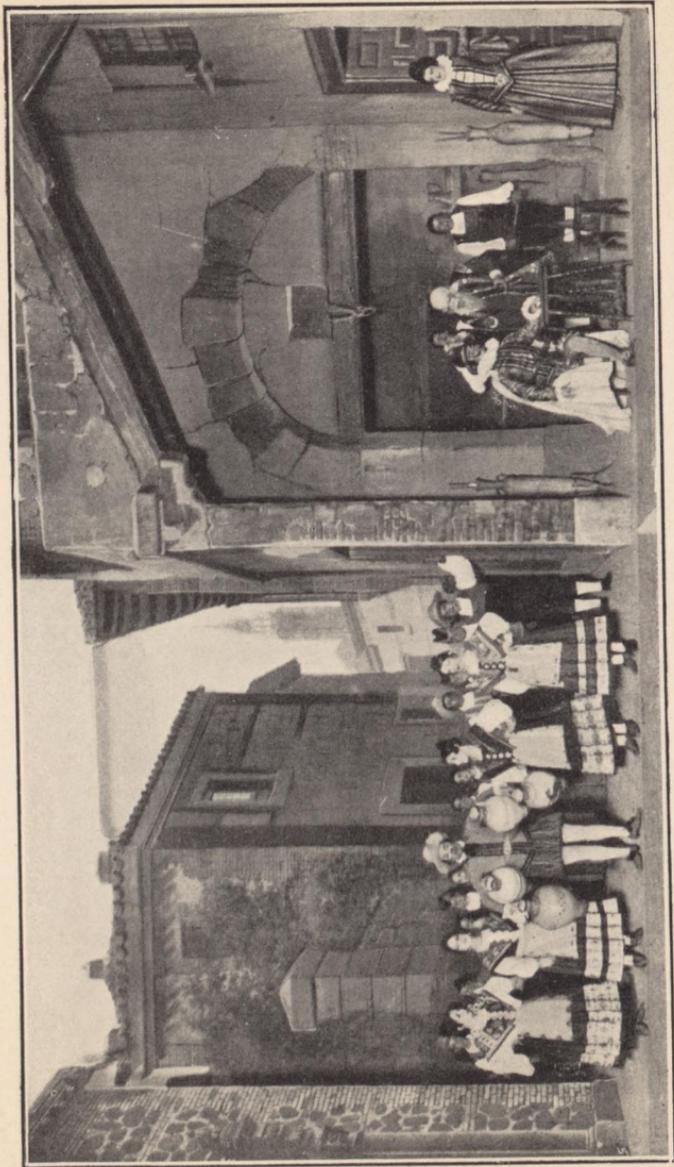
96. [Illegible]

97. [Illegible]

98. [Illegible]

99. [Illegible]

100. [Illegible]



ACTO PRIMERO

La escena está dividida. La de la derecha del actor es una plazuela de Toledo. En su centro, una fuente. En primer término derecha, un palacio. Por detrás de este palacio arranca una calle, y del fondo de la plazuela, otra. En primer término izquierda, la fachada de una casa modesta, cuyo portón comunica con la otra escena.

La escena de la izquierda representa el taller de un espadero. En primer término derecha, la puerta de entrada que comunica las dos escenas. En primer término izquierda, puerta que comunica con habitaciones interiores, y al foro, la fragua. En el centro, una mesa.

Es de día. En la segunda mitad del acto comienza a anochecer.

MUSICA

Al levantarse el telón están en la primera escena (la calle) unas cuantas muchachas llenando su cantarillo en la fuente. En el taller, maese Andrés Munstein, el espadero, temple espadas con tres oficiales, y Juan Luis, el Capitán y el Corregidor están sentados ante la mesa.

MOZAS.	En la fuente cristalina duerne el amor a esta hora. Mocita que va a la fuente se enamora.
ESPADEROS.	Forja la espada, espadero, y no des paz a la mano, porque la forjas de acero toledano.

Forja, forja, espadero,
tu fino acero,
sin descansar.

Templa la hoja afilada
de fina espada,
daga y puñal.

MOZAS. Igual que mi cantarillo
con el agua se colmó,
con sus decires, ¡ay, madre!,
se llenó mi corazón.

ESPADEROS. Forja, forja, espadero,
tu fino acero,
sin descansar.

Templa la hoja afilada
de fina espada,
daga y puñal.

HABLADO

OFICIAL 1.º Hasta mañana, maestro.

Los oficiales pasan a la otra escena, y hacen mutis, con las mozas, por la calle del fondo.

CORREGIDOR. A lo que parece, por hoy se da de mano a la labor.

MAESE. Así es como lo decís, aunque mejor fuera no acabarla tan pronto, señor Corregidor, que apenas puedo atender a los encargos.

CORREGIDOR. Por algo vuestra espadería, maese Andrés Munestein, es la más famosa de Toledo.

MAESE. Gracias a vuestras mercedes, que vienen a honrarla...

JUAN LUIS. Días pasados oí de los labios mismos del Rey un cumplido elogio de vuestros acceros.

CORREGIDOR.

A Juan Luis.

¿Dónde hubisteis la dicha de hablarle?

JUAN LUIS. En su propio alcázar, que me llamó para darme el encargo de una pintura.

CORREGIDOR. ¿Tan alta llegó la fama de vuestros pinceles?

JUAN LUIS. Pudeisme creer que el tal cuadro es mi constante obsesión. Puede ser mi gloria o mi fracaso. ¡Sueño con el tal lienzo!

CAPITAN. ¿Y ha de ser un paisaje o rincón toledano?

JUAN LUIS. No, sino una Virgen Inmaculada para el Real Oratorio.

MAESE. ¡Obra de empeño!

JUAN LUIS. De tanto, maese, que aún no me atreví a comenzarla.

CORREGIDOR. ¿Y a qué aguardáis?

JUAN LUIS. A dar con una mujer, dama o villana, cuyo rostro refleje la pureza que ha de dar forma a lo que yo imagino.

CORREGIDOR. Aquí habéis de encontrarla, que Toledo fué siempre solar de mujeres hermosas.

JUAN LUIS. Cierto, que yo a la ciudad vengo atraído por la fama de cierta moza de humildísimo estado, pero cuya belleza es tal, que hasta la Corte llegó en habladurías la reputación de su hermosura. Constancia se llama, y en el mesón del Sevillano sirve.

CAPITAN. Así es lo cierto, como lo es también que de su beldad y discreción quedan prendados cuantos la conocen.

MAESE. Hasta don Periquito, vuestro hijo, señor Corregidor, por ella, a lo que dicen, bebe los vientos.

CORREGIDOR. ¡Locuras de la gente moza!

MAESE. Con vuestra licencia, voy a traerlos encargos.

Mutis por la izquierda.

CORREGIDOR. Pues ahora os digo, señor artista, que no necesitáis el mesón del Sevillano, ni aun siquiera moveros de aquí, para conocer a una de las más grandes beidades de que se ufana Toledo.

JUAN LUIS. ¿Qué decís?

CAPITAN. El señor Corregidor se refiere a Raquel, la hermosura conocida por la moza del Cigarral, la hija de maese Andrés, el dueño de esta espadería.

JUAN LUIS. ¿Tan bella es?

CORREGIDOR. En su rostro hechicero hallan venturosa hermandad las gracias de la virgen cristiana y los rasgos característicos de la raza hebrea. Nació en un cigarral cercano. Su padre, maese Andrés Munstein, es judío converso. Su madre, difunta no ha mucho, tan cristiana era como vos mismo.

JUAN LUIS. Decid, entonces, que ni hecho de encargo hallaría modelo mejor.

Por la izquierda vuelve a salir maese Andrés con una espada en la mano.

MAESE. Aquí tenéis vuestra tizona pulida y remozada. Haced cuenta de que la estrenáis.

JUAN LUIS. No, en verdad, que si fuera nueva no amaría tanto su noble hoja, que mi abuelo esgrimiera en San Quintín, y en manos de mi padre triunfó en Lepanto.

CAPITAN. ¡Bravo hierro!

MAESE. Fijaos cómo brilla su fino acero.

CAPITAN. Como un rayo de luna.
JUAN LUIS. Así la quiero.

MUSICA

I

JUAN LUIS. Fiel espada triunfadora,
que ahora brillas en mi mano
y otros hombres y otras lides
ya tu gloria conoció;
yo venero la nobleza
de tu acero toledano,
que del Tajo entre las aguas
recientemente se templó.
; Brilla, tizona
de fino acero,
igual que un claro
rayo de luna!
; Brilla, tizona,
que a tu luz quiero
hallar la senda
de mi fortuna!

II

Sé en las lides como rayo
que no cede ni perdona,
hiere siempre que te asistan
el derecho y la razón.

MAESE, CAP.,
CORREGIDOR.

; Brilla, tizona
de fino acero,
igual que un claro
rayo de luna!

JUAN LUIS. ; Brilla, tizona,

que a tu luz quiero
hallar la senda
de mi fortuna!

HABLADO

Juan Luis envaina su espada.

CAPITAN. Bien se ve que vuestra mano, aunque maneja el pincel, sirve para la guerra.

CORREGIDOR. Hasta mañana, maese.

MAESE. Dios os guarde, señor Corregidor.

CAPITAN.

Al Corregidor.

Os acompaño.

JUAN LUIS. Yo también he de irme. Aún ignoro si mi criado nos encontró alojamiento.

Saca una bolsa y se la entrega a maese Andrés.

MAESE. Gracias, señor. Siempre a vuestras órdenes.

Juan Luis, el Capitán y el Corregidor salen de la espadería, pasando a la otra escena. Maese hace mutis por la izquierda.

CORREGIDOR.

A Juan Luis.

¡Qué triunfo si lográis que Raquel os sirva de modelo!

Juan Luis, el Capitán y el Corregidor hacen mutis por la calle de la derecha. Por la del fondo sale Rodrigo, rodeado de Ginesa, Dorotea y otras doncellas del bajo pueblo toledano, una de ellas muy fea, y cargado con los cantarillos de estas muchachas.

GINESA.

Quitándole un cantarillo y poniéndolo en la fuente.

Traed ya. Y gracias sean dadas a vuestra galantería.

MOZA 1.^a

Traed.

Le quita otro cántaro.

MOZA 2.^a

Dadme.

Idem.

Todas hacen igual.

DORGTEA.

Y gracias por el trabajo que os tomasteis.

RODRIGO.

Si a esto llamáis trabajo, ¿qué fueran los que pasé por esos mundos?

GINESA.

¡Válame Dios! Mucho habéis rodado.

RODRIGO.

Mucho es poco, Ginesa hermana. Si yo os refriese el por qué de mi estancia en esta imperial Toledo, pienso que lo tomarais por invención de amoroso romance.

GINESA.

¿Amores hay de por medio? Contad, contad, por vuestra vida, mientras se llenan los cantarillos.

TODAS.

Rodeándole con algazara.

Si, sí, contadlo.

RODRIGO.

¡Hijas de mi alma, y cómo les pica la curiosidad! Primero hais de saber que éste que os habla debe gran parte de sus desdichas a su valor desaforado.

GINESA.

Bien está el valor en los hombres.

RODRIGO.

En mí es herencia y obligación. Imaginaos: Rodrigo de nombre, Díaz de apellido y nacido en Vivar, al pie de Burgos.

TODAS.

¡El Cid!

RODRIGO.

Tocayo, nada más que tocayo y paisano.

Pues mi valor y mala ventura hicieron-me caer en manos de un pirata tunecino, que me vendió como esclavo a otro fiero musulmán residente en Argel.

GINESA.

¡Ay, el pobre!

RODRIGO.

Aquel hijo del profeta que me tocó por amo dió en la flor de emplearme en los más bajos menesteres, hasta que la hermosa Fátima viéme una tarde en que yo, gallardamente, zurría una calceta. Me propuso la fuga, y como, para lograrla, me dejara franca la puerta y una bien repleta bolsa, pronto salí de aquella tierra maldita.

GINESA.

¿Y abandonásteis a la inocente Fátima?

DORÓTEA.

¡Pobre doncella!

RODRIGO.

¿De doncellez habláis? Así era doncella como yo moro.

DORÓTEA.

Ya comprendo que sería una de las varias esposas de vuestro amo.

RODRIGO.

No era sino una de sus quince madres políticas, que también dicen suegras.

Todas ríen.

Pero atended, que ahora llega mi mayor desventura. Embarqué en una desvencijada galera que venía a España, y apenas perdimos de vista la costa africana, estalló en el mar horrible tormenta, que nos puso a punto de naufragio. Olas como montañas nos sacudían sin cesar. El capitán, aterrado, estudiaba inútilmente las cartas náuticas. De pronto, una racha de viento rompió el palo mayor. Cuando el capitán vió que le fallaba el palo, tiró

las cartas. Al fin, creyéndome en trance de muerte, hice, por salvarme, la promesa de la más rara penitencia que vieron los siglos.

- TODAS. ¿Cuál...? ¿Cuál fué ella?
GINESA. ¿No comer a manteles jamás y sólo pan duro?
RODRIGO. Mucho más duro.
DOROTEA. ¿Ir a pie y descalzo hasta los Santos Lugares?
RODRIGO. Peor.
GINESA. ¿Profesar de cartujo?
RODRIGO. Nada es eso. Prometí a San Pedro, patrón de Burgos, si me sacaba de aquel trance, casarme con la mujer más fea que encontrase este año.
GINESA. ¿Así prometísteis?
RODRIGO. Así mismo.

Las mozas se apartan un poco de él y forman dos grupos.

Ahora sirvo a las órdenes de un gran pintor, honrado y noble caballero, que goza de gran predicamento en la Corte. De él dependerá el tiempo que aún permanezca en Toledo. Heme aquí entretanto, que, amén de mis prendas personales, cuento con unos cien escudos en oro que me restan de la bolsa de Fatimica, buscando por el mundo una fea entre las más feas para llevarla al tálamo, en cumplimiento de mi promesa.

GINESA.

A Dorotea.

¡Marido y con cien escudos!

DOROTEA.

¿Has visto?

OTRA. ¡Qué cosa!

OTRA. Loco está.

Llega Juan Luis por la calle de la derecha.

RODRIGO. ¡Ah, mi señor!

JUAN LUIS. Al fin os encuentro, señor perdido. Pensé si se habría tragado la tierra a mi escudero...

RODRIGO. Venía a buscaros a la espadería, según me mandásteis, sino que me entretuve un momento, y...

JUAN LUIS.

Mirando a las mozas.

He de perdonarte la negligencia, en gracia a la causa de ella, que motivo y aun motivos hay de cierto para no moverse de este lugar.

RODRIGO. ¿Verdad, señor, que son hermosas las toledanas?

DOROTEA.

Indignada.

Eso no lo diréis por mí, ¡que siempre pequé de desgarbada!

Mutis por la derecha.

MOZA 1.^a Ni por mí, que siempre fui ojiturbia.

Mutis.

MOZA 2.^a Y yo patituerta.

Mutis.

GINESA.

Llorando.

La más desgraciada soy yo, que mi fealdad no está a la vista, sino oculta como caracol en su concha.

Mutis.

MOZA 3.^a Igual me pasa a mi. Y la fealdad, como la hermosura, es mayor cuanto más escondida.

Mutis.

MOZA 4.^a

Agresiva.

¿Qué pudisteis hallar en mi persona, decid, para motejarme de hermosa?

RODRIGO.

Azorado.

Nada, nada.

Mutis la moza cuarta.

MOZA 5.^a

¿En qué vos ofendí para que así os burlárais? Fea soy y fea moriré, porque así plugo al cielo.

Mutis.

MOZA FEA.

Acercándose por detrás y sonriéndole con coquetería.

¡Je!

RODRIGO.

¿Qué?

MOZA FEA.

Insistiendo.

¡Je!

RODRIGO.

¿Qué?

MOZA FEA.

¿Seré yo la agraciada?

RODRIGO.

¿Agraciada? ¡Y es más fea que pegarle a su padre!

Mutis la fea.

JUAN LUIS.

¿Qué es esto, Rodrigo? Jamás alcancé a ver cosa parecida.

RODRIGO.

Señor, que les he gustado. ¿Qué he de hacerle yo? Y como han sabido mi promesa a San Pedro... ¿Y vos, señor, conocisteis ya a esa tan hermosa fregona

- del mesón del Sevillano que pretendiais por modelo?
- JUAN LUIS. De conocerla vengo; pero me hablaron de otra beldad, ensalzándola tanto, que no vivo hasta dar a mis ojos el regalo de su hermosura.
- RODRIGO. ¿Dónde vive? Perdonad. Quise preguntar si está aquí en Toledo.
- JUAN LUIS. En Toledo, y en esa casa. Es la hija del espadero.
- RODRIGO. Pues de la casa sale una dama.
- JUAN LUIS. ¿Será ella, Dios santo?

A la escena de la izquierda—la espadaría—ha salido, en efecto, Raquel del interior. Rodrigo y Juan Luis se ocultan.

MUSICA

- RAQUEL. Cuando el grave sonar de la campana
a los fieles invita a la oración,
gentilmente la moza toledana
va a la iglesia con toda devoción.
Bajo el manto, velada y misteriosa,
es más vivo su encanto virginal,
y un galán, al cruzar presurosa,
le ofrenda la rosa
de su madrigal.
Castellana, toledana,
por besar tus labios grana
perdiera vida y honor.
Toledana, castellana,
flor de amor.
Toledana, flor de amor.

Maese Andrés sale a la espadaría del interior y despide a su hija con un beso en la frente, acompa-

ñándola hasta la puerta. Ella sale a la plazuela. Inicia el mutis por la calle de la derecha, pero la detiene la voz de Juan Luis, que, oculto a la vista del público, canta desde la calleja del foro.

JUAN LUIS. Castellana, toledana,
por besar tus labios grana
perdiera vida y honor.
RAQUEL. Perdiera vida y honor.
JUAN LUIS. Toledana, castellana,
flor de amor.
LOS DOS. Toledana, flor de amor.

Raquel hace mutis por la calle de la derecha.

HABLADO

RODRIGO. Saliendo a la plazuela con Juan Luis.
Ya la conocéis.
JUAN LUIS. He aquí realizado mi sueño. No me engañaron, en verdad.
Entra en la espadería.
RODRIGO. Le ha vuelto los cascos la zagala. En verdad que las toledanas son dulces y sabrosísimas.
Entra en la espadería.
MAESE. ¿Sois vos, señor artista?
JUAN LUIS. Dios os guarde, maese. Decidme y perdonad. ¿Es vuestra hija la dama que salía hace un instante?
MAESE. Raquel era, en efecto.
JUAN LUIS. Pues al verla, maese Andrés, he visto el modelo que buscaba para mi cuadro.
MAESE. ¿Qué decís? Mi Raquel para...

RODRIGO. ; Como tiene el perfil hebreo!

 Tapándose la boca.

Tente, lengua.

MAESE. ; Infamias de los desocupados! Ella, como yo, es cristiana ferviente.

JUAN LUIS. Y yo, pintor, no corchete del Santo Oficio ni cuadrillero de la Santa Hermandad. No hayáis temor por mí de vuestros secretos, si los tenéis.

 Se oye rumor de lucha y ruido de espadas.

JUAN LUIS. ; Oís?

 Juan Luis, Maese y Rodrigo salen a la otra escena.

MAESE. ; Qué es esto, espadas?

RODRIGO. ; La batalla de Lepanto!

 Huye por la calle del fondo.

RAQUEL.

 Dentro.

 ; Favor! ; Socorro!

JUAN LUIS. ; Una mujer!

MAESE. ; Es la voz de mi hija!

 Precipitadamente, por la calle de la derecha, llega Raquel muy asustada, que se acoge en los brazos de su padre. Inmediatamente aparece don Diego, de espaldas, y luchando contra tres hombres, que le atacan espada en mano.

RAQUEL. ; Padre!

MAESE. ; Mi Raquel querida!

JUAN LUIS. Tres espadas, ; vive Dios!,

 contra una. ; Seremos dos!

 ; Ya es más igual la partida!

 Se pone junto a don Diego y ataca a los otros, que inician la retirada, desapareciendo los cinco por la derecha.

 ; Atrás!

DON DIEGO.

Luchando, dentro.

Gracias, caballero.

JUAN LUIS. Podéis descansar la mano,
si vos place, porque quiero
darle bautismo a mi acero
con la sangre de un villano.

Continúan luchando dentro.

JUAN LUIS. ¡ Ah, traidor !

Salen Don Diego y Juan Luis, éste último levemente herido en una mano.

RAQUEL. ¿ Os ha alcanzado ?

JUAN LUIS. Nada apenas.

RAQUEL. ¡ Le han herido !

JUAN LUIS. Si leve la deuda ha sido,
con usura la he cobrado.

Entran en la tienda.

DON DIEGO. Aún escapamos mejor
que sospechaba.

JUAN LUIS. En peores
trances me he visto y salí.

DON DIEGO. Si no acudís a la postre
tan libre y suelto de manos,
mal me fuera.

MAESE. Los traidores
sin duda ofender quisieron
a mi Raquel, y fué entonces
cuando vos la defendisteis.

DON DIEGO. Ciertamente.

MAESE. Señor conde,
no acierto cómo pagaros.

RAQUEL

Con reproche.

¡ Padre !

DON DIEGO.

Saludando a Juan Luis.

Quedo a vuestras órdenes.

JUAN LUIS. Y yo a las vuestras, señor.

DON DIEGO. A fe que sois todo un hombre.

Sale a la calle.

¡Pardiez, que es bella la moza!

Por esta vez falló el golpe,

mas he de lograr mi intento

antes que llegue la noche.

Mientras Don Diego dice estas palabras, maese, en la otra escena, hace mutis por la izquierda. Don Diego entra en el palacio del primer término derecha.

RAQUEL.

Caballero, permitidme

vuestra herida restañar,

ya que, sin quererlo, he sido

la causa de tanto mal.

Se sienta cerca de él, y le cura.

¿Os hace sufrir?

JUAN LUIS.

¿Quién puede

en sufrimientos pensar

a vuestro lado? Tan sóo

sufro un temor.

RAQUEL.

¿Y es el tal?

JUAN LUIS.

Que los labios de la herida

que vais piadosa a curar

os besen las blancas manos.

RAQUEL.

Aparte.

A más de bravo, es galán.

Alto.

Si vos no acudís, don Diego

lo hubiese pasado mal.

¡Y fuera bien merecido!



JUAN LUIS. ¿Por defenderos?

RAQUEL. No más
que en apariencia. El malvado
puso en mí su torpe afán
hace tiempo, y esta tarde,
cerca de la catedral,
en un callejón sombrío,
vino a mí: quise escapar
y me alcanzó; lancé un grito,
y viniéndome a amparar
tres hombres, luchó con ellos...
y vos sabéis lo demás.

JUAN LUIS. ¡Yo que, torpe, mi tizona
puse al lado del rufián,
creyendo que os defendía!

RAQUEL. Vuestro mérito es igual.

JUAN LUIS. Pero de mi error, entonces,
vos me debisteis sacar.

RAQUEL. No lo hice porque mi padre
al conde debe amistad,
y el dolor del desengaño
así le quise evitar.

JUAN LUIS. ¡Oh, Raquel...!

RAQUEL. ¿Sabéis mi nombre?

JUAN LUIS. ¿Y quién lo puede ignorar,
si fama en Toledo entero
vuestra hermosura le da?

RAQUEL. Sois galante.

JUAN LUIS. ¡Si lograran
tal hermosura copiar
mis pinceles!

RAQUEL. ¿Sois pintor?

JUAN LUIS. Pintor que a rogaros va
que, para llevarla a un lienzo,
le prestéis vuestra beldad.

MUSICA

J. LUIS. Insolente, presumido, fanfarrón y pendenciero,
procediendo cual villano, vos corteja un caballero
que tan sólo la ropilla y el nombre tiene de tal.

Si él os pide vuestra honra, yo amor brindaros
[prefiero;

él es la fuerza insolente y yo soy el madrigal.

RAQUEL. Insolente y presumido, me corteja un caballero;
de sus asechanzas ruines defendióme vuestro
[acero.

y por eso, agradecida yo siempre a vos viviré.

Mas el amor no se logra jamás con un gesto
[fiero;

precisa llegar al alma.

J. LUIS. Yo a la vuestra llegaré.

Muy cerca de ella, susurrando sus pa-
labras al oído de Raquel.

Moza, la toledana,
la flor galana
del Cigarral,
vuelve hacia mí los ojos,
y mis enojos
se calmarán.

Moza, la toledana,
la más galana
que pude ver;
mira mi ardiente anhelo,
dame el consuelo
de tu querer.

RAQUEL. Noble y galán caballero,
que por mi honor ha reñido
y defenderme ha creído
con su acero;

dejad que vivan las flores
de sus amores en el rosal
donde vive dichosa
la humilde rosa del Cigarral.

JUAN LUIS. Flor y mujer que presenté,
arte y amor sois para mí.

RAQUEL. No es vuestro amor
para Raquel.

JUAN LUIS. Musa serás
de mi pincel.

Para el arte yo vivía
y triunfar sólo anhelaba.
La mujer que presentía
por mi senda no cruzaba,
y al mirar hoy vuestros ojos
en su fuego me abrasé.
Un amor mi vida entera
llenó como yo aguardaba.

RAQUEL. El amor vive en el alma.

JUAN LUIS. ¡Yo a la vuestra llegaré!

RAQUEL. La moza toledana,
la flor galana
del Cigarral,
teme que con su mano
un hortelano
la pueda ajar.

JUAN LUIS. Oyeme, toledana,
rosa temprana
de mi pasión.

RAQUEL. Debo, reconocida,
darle mi vida.

JUAN LUIS. ¡Quiero tu amor!

Juan Luis sale a la plazuela y hace
mutis por la calle de la derecha. Ra-
quel, en la espadería, por el primer tér-
mino izquierda.

HABLADO

Sale Rodrigo por la calle del fondo.

RODRIGO. ¿Se habrán marchado? Sí; parece que se han marchado; estoy casi seguro. ¡Se han marchado, estoy seguro! ¡No me cabe duda! ¡Huyeron los cobardes! ¡¡Ah, los bigardos, malsines y felones!! ¿Dónde estáis? ¡Aguardad, vive Dios, a que la tizona de Rodrigo...!

JUAN LUIS. ¡Rodrigo!

RODRIGO.

Da un salto.

¡Dios me va'ga!

JUAN LUIS. ¿Qué hacías, Rodrigo? ¿Dónde estabas?

RODRIGO. Siempre cerca de vos, amo y señor. Junto a vos, cuando la descomunal batalla; junto a vos, cuando huyeron los felones—; bigardos malsines!—; junto a vos... ¿Pero qué veo? ¿Estáis herido?

JUAN LUIS. ¿No lo advertiste, y estabas tan cerca?

RODRIGO. Veréis... Es que yo también quise tomar mi parte en la contienda, pero no pude. Ya sabéis que esta tizona mía tiene la rara virtud de tomar decisiones por sí misma.

JUAN LUIS. ¡Hola!

RODRIGO. Hay ocasiones, como la de antes, en que mi mano la requiere sin lograr que acceda a salir de su vaina. Y es que no considera digno de su limpia historia mancharse con la sangre de los villanos. Pero aun sin espada hice correr antes a los tales.

JUAN LUIS. Y aún creo que tú también corrías.

RODRIGO. Sí, en verdad.

JUAN LUIS. Delante de ellos.

RODRIGO. Yo os digo que les hice correr.

JUAN LUIS. Y muy larga debió de ser la carrera, cuando tardaste tanto en regresar.

RODRIGO. ¡No sabéis! Desde que ha corrido la voz que he prometido a San Pedro el sacrificio de casarme con la mujer más fea que encuentre, no puedo andar por la calle. Todas las feas de la imperial Toledo caen sobre mí como moscas en la miel.

JUAN LUIS. Pero tú las espantarás. ¿O también a eso se resiste tu acero?

RODRIGO. ¡Ah!. ¿es que ponéis en duda mi valor? No quisiera sino que volvieran los bigardos que os hirieron. ¡Entonces podríais ver quién es Rodrigo! Y si mi tizona se resistía, con las manos, con los dientes, con las uñas...

Se oye rumor de voces por la primera calle de la derecha.

JUAN LUIS. ¿Qué rumor es ese?

RODRIGO.

Dando un respingo.

¡Cristo! ¿Serán ellos?

Huye hacia el fondo de la calle, pero antes de hacer mutis vuelve aterrado.

¡Las feas! ¡Dios me valga! ¡Las feas del barrio que me persiguen!

JUAN LUIS.

Mirando hacia la calle de la derecha.

No son sino una caterva de lindos, que, como siempre, van en pos de la hermosa Constancia, la fregona del mesón del Sevillano.

RODRIGO. Esos vienen por donde vos miráis. Las

feas son éstas, que no me dejan tranquilo para mostrarme su fealdad. He logrado lo que nadie en el mundo: la coquetería al revés.

Entra en la tienda huyendo. Aparecen cuatro feas, que penetran corriendo tras él. Le rodean y le atosigan. Inmediatamente llega por la calle de la derecha Constancia, seguida de cuatro lindos. Juan Luis hace mutis por el fondo.

Están, pues, en la escena de la izquierda—la tienda—Rodrigo y las feas, y en la de la derecha—la calle—, Constancia y los lindos.

MUSICA

- FEAS. No me seas esquivo,
porque no vivo.
- LINDOS. Quiéreme, Constancia,
que yo te adoro.
- FEAS. Mira qué fea.
- LINDOS. Mira qué lindo soy.
- RODRIGO. Para un hombre tan sólo
son muchas feas.
- CONSTANCICA. Qué caterva de lindos
me hacen la rueda.
- FEAS. Mira qué horrible.
- LINDOS. Mira qué guapo soy.
- CONSTANCICA. Bello doncel,
por favor, por favor, por favor,
no me atosigues más,
porque inútil será.
- RODRIGO. Fea mujer,
déjame, déjame, déjame,
que al ver tu fealdad
de pavor moriré.
- FEAS Y LINDOS. ¡Quiéreme, por Dios!

CONSTANCICA.	RODRIGO.
La mujer	Un donce!
	ya no puede salir jamás sin sentir de amor el asedio.
FEAS Y LINDOS.	Tú verás.
CONST. Y ROD.	¡Ay, qué miedo me dan!
FEAS Y LINDOS.	Que jamás hallarás un amor como el mío. Cásate, y dudar no podrás
LINDOS.	Solos. que soy muy galán,
FEAS.	Solas. que soy vieja y fea.
CONST. Y ROD.	Idos ya.
FEAS Y LINDOS.	¡Ay, qué susto me dió!
LINDOS.	En ti estriba mi amor.
FEAS.	Fíjate; soy horrible.
CONSTANCICA.	RODRIGO.
Bello doncel,	Fea mujer, por favor, por favor, por favor, no me atosigues más, porque inútil será. Déjame ya, déjame, déjame, déjame, que al ver tu terquedad de pasión moriré. La nariz tengo roma. Las piernas, zambas. Fíjate en mi hermostura. Y en mi elegancia.
DOS FEAS.	
OTRAS DOS.	
DOS LINDOS.	
OTROS DOS.	

LOS DOS }
PRIMEROS. } Mira qué guapo.
DOS FEAS. } Mira qué fea soy.

Constancia huye hacia la casa,
y Rodrigo sale a la calle. Se en-
cuentran fuera, sin que ella lle-
gue a entrar.

RECITADO SOBRE MUSICA

RODRIGO. ¡Vayan al diablo los esperpentos!

CONSTANCICA. Sola con ellos no quiero estar.

RODRIGO. Tomad mi brazo por un momento,
y será el medio
que del asedio nos libraré.

CONSTANCICA.

Tomando el brazo de Rodrigo.

Lo evitaremos de esta manera.

CANTADO

FEAS. Tiene una dama.

LINDOS. Tiene un galán.

FEAS. ¡Quién lo pensara!

LINDOS. }
FEAS. } Vámonos ya.

RODRIGO.

Hablado.

Si es un infierno tenerlas juntas,
a vuestro lado, la gloria está.

Las feas, cantando a boca cerrada,
invitan a los lindos a tomar su brazo.
Ellos aceptan con resignación, y los ocho,
emparejados, hacen mutis por el fondo
de la calle.

HABLADO

A la otra escena sale, por la izquierda, Raquel.

CONSTANCICA. Gracias os doy por haberme prestado vuestro brazo.

RODRIGO. De nada, señora. Con mi brazo podéis hacer hasta chocolate, si os place.

CONSTANCICA. Os lo devuelvo ya, soñad. El tomarlo fué sólo un pretexto para alejar a esos enfadosos moscones.

RODRIGO. ¡Ah!, ¿fué sólo...? ; Pues sí que os servi de espantapájaros! ; Buen oficio representé, por mi vida!

CONSTANCICA. Así fué mayor vuestra gentileza.

Entra en la espadería.

RODRIGO. ¿Mi gentileza? ; Ya está! ; Otra pieza cobrada! ; Lástima que sea tan guapa!

Al ir a entrar en la espadería, se cruza con Raquel, que sale.

Pasad, hermosa doncella.

RAQUEL. Que Dios os guarde.

Vase por el fondo de la calle.

RODRIGO. Va tan aprisa, que ni siquiera ha reparado en mí.

Entra en la espadería.

CONSTANCICA. ; Dios os guarde, Maese!

Sale Maese por la izquierda.

MAESE. Y El a ti, hermosa Constancica, que más merece ser guardada tu beldad que no mi vejez.

CONSTANCICA.

A Rodrigo.

Aprended a decir galanuras.

RODRIGO. No está mal para los años que tiene.

CONSTANCICA.

A Maese.

Un señor huésped de la posada mandóme a recoger una daga que diz os dejó ayer para arreglar la empuñadura.

MAESE. No sabe, en verdad, tu señor tío a quién aloja en su mesón.

CONSTANCICA. Hombre de letras dicen que es el tal hidalgo.

MAESE. Yo de mí sé deciros que le tengo por tan grande ingenio, que jamás de tal manera logró ningún otro entretener mis ocios con sus escritos.

Comienza a anoecer.

CONSTANCICA. Así ha de ser, como lo es también que no ha muchos días le oí decir que tiene escrito un libro, aún no conocido, en el que trata de las aventuras de un ingenioso hidalgo que, por ser bueno y noble en demasía, a todos parece loco. Y afirma que dará mucho que pensar y que reír a más de cuatro, cuando se conozca.

MAESE. Pues tomad la daga, doncella, y decidle a su dueño y mi señor que, aunque mucho le admira mi insignificancia, me atrevo a indicarle, sumiso y reverente, que hora es ya de que su grandeza se digne pagarme aquellos piquillos que, a más de este arreglo de ahora, me adeuda, con los cuarenta ducados que le presté el pasado año para Pascua florida, y que no hallo medio de recuperar...

CONSTANCICA.

Dispuesta a marcharse.

Sí haré, Maese.

RODRIGO. ¡Judío! ¡Completamente judío! Os acompañe, doncella. No haga el diablo que vuelvan a importunaros y necesitéis de mi brazo, aunque sólo sea para espantaros los moscones.

CONSTANCICA. Vamos. Dios os guarde, Maese.

MAESE. Id con él.

Salen a la calle Constancia y Rodrigo.

CONSTANCICA. ¿No sentís temor de que, al vernos juntos, nos hieran las lenguas maldicientes?

RODRIGO. Yo no siento sino que seais tan hermosa. ¡Ah, si fuerais fea! Si a lo menos tuvierais la nariz roma, los ojos turbios, las patas zambas o siquiera una tenue joroba.

CONSTANCICA. Entonces no os gustaría.

RODRIGO. Es verdad, no había caído... ¡Perdona, San Pedro...!

Hacen mutis los dos por la calle del fondo.

MUSICA

Del palacio del primer término derecha sale Don Diego. Maese Andrés—en la espadería—hace mutis por la izquierda. Empieza a anochecer.

DON DIEGO. Salid, mis fieles criados;
lo que os dije recordad,
y esta noche será mía
la moza del Cigarral.

Del palacio salen cuatro embosados.

Nadie en la plaza,
sola la calle.

Estad atentos
a mi señal.
Nadie sospecha
que la paloma
hoy a su casa
no volverá.

EMBOZADOS.
Nadie en la plaza,
sola la calle.
Estad atentos
a su señal.

DON DIEGO.
Ocultaos por ahora.
Cuando llegue la paloma,
si resiste a mi pasión,
la cogéis entre los cuatro,
y a la moza que idolatro
la lleváis hasta el mesón.

EMBOZADOS.
Ocultándose en el palacio.

Nadie en la casa,
sola la calle;
nos es propicia
la obscuridad.

DON DIEGO.
Ella no sabe,
¡pobre paloma!,
que hoy a su casa
no volverá.

Sale Raquel por la calle del
fondo.

RECITADO SOBRE MUSICA

DON DIEGO. Raquel, divina doncella.

RAQUEL. Dejadme pasar, señor.

Es tarde y mi padre espera.

DON DIEGO. Más tiempo te espero yo.

RAQUEL. Ya os dije que mi cariño

no será vuestro jamás.

DON DIEGO. Pues, de tu grado o por fuerza,
juro que mía serás.

Del palacio salen los cuatro embozados, que la sujetan por detrás.

RAQUEL. ¡Infame! ¡Socorro, padre!

DON DIEGO. ¡La boca, pronto!

Los embozados la amordazan y se la llevan por la calle de la derecha. A la espadería sale maese Andrés, que, al oír los gritos, sale corriendo a la otra escena.

MAESE. ¡Mi hija, mi hija, me roban a mi hija!

Un embozado, rezagado, lucha un momento con él, y, después de arrojarlo al suelo de un fuerte empujón, huye tras de los otros. Maese, en el suelo, intenta levantarse. En este momento aparece por la calle del fondo Juan Luis, que le ayuda a ponerse en pie.

JUAN LUIS. ¿Qué os sucede?

MAESE.

Me han robado

a mi Raquel. ¡Hija mía!

¡Perro! ¡Canalla! ¡Malvado!

JUAN LUIS.

¿Quién es él?

MAESE.

Cuando salía,

el rufián se la llevó.

Ni a ella supe defender,

ni a él le pude conocer.

JUAN LUIS.

¡Pero le conozco yo!

¡Y aquí vos quiero jurar

que a quitársela he de ir,

y la sabré rescatar,

aunque tenga que morir

o aunque tenga que matar!

Comienza a salir el coro.

JUAN LUIS.

Cantando.

Castellano, toledano,
por librarla del villano
perdiera vida y honor.

CORO.

Perdiera vida y honor.

JUAN LUIS.

Yo te juro, castellano,
por mi honor,
que a salvarla va mi amor.

Se abre paso, y hace mutis por la calle
de la derecha.

CORO.

El artista cortesano,
por librarla del villano
perdiera vida y honor,
perdiera vida y honor.
Dios proteja al cortesano
y a su amor.

¡A luchar va por su honor!

Al terminar el acto es casi de noche.

TELON

FIN DEL PRIMER ACTO

ACTO SEGUNDO

PRIMER CUADRO

Una carretera cerca de Toledo. Al fondo, la vista de la ciudad en el siglo XVII.

MUSICA

Por la izquierda salen Rodrigo y Juan Luis.

- RODRIGO. Como os iba diciendo, señor, la fregona del mesón del Sevillano hame asegurado que a su casa llevaron una mujer tapada, y, según como ella gemía, bien puede afirmarse que, contra su voluntad encuéntrase allí.
- JUAN LUIS. ¿Estás cierto? ¿Y no sospecha Constancia que la encerrada sea Raquel?
- RODRIGO. Ni por pienso. Además, que la moza del mesón no conoce a la del Cigarral.
- JUAN LUIS. Vuelve a la ciudad, Rodrigo. Entrate en el mesón del Sevillano y averigua por ti mismo lo que hay de cierto en cuanto me has dicho.

Le da una bolsa.

Soborna al posadero, si hace falta, y si entiendes que no ha de dejarse, por estar

vendido a don Diego, arréglatelas de modo para saber sin que de ti sospechen.

RODRIGO. ¿Y vos?

JUAN LUIS. Te sigo los pasos, y en la calleja, cerca de aquella ventanuca, esperaré a que salgas. Seguro estoy de que es mi Raquel la moza secuestrada en el mesón del Sevillano. Corre allá.

RODRIGO. Hasta luego, señor.

Vase corriendo.

Juan Luis queda un instante contemplando pensativo la ciudad y luego hace mutis lentamente por la derecha. Dentro, y lejana, se oye la voz ruda de un carretero que canta:

Para mula de varas,
la *Capuchina*;
para tirar con alma,
la *Peregrina*;
la *Perla*,
a esa da gusto verla
en el barro.
Siempre la mejor mu'a
me arranca el carro.

Se oyen los chasquidos del látigo y los cascabeles de las colleras. Por la izquierda sale Fray Miguel, que cruza la escena montado en un burro, en el que lleva unos grandes serones. Muy lejos se oye el coro de campesinos, que, al volver del trabajo, se va acercando poco a poco y entran por la izquierda, dando muestras de alegría.

CORO. Caminito de Toledo,
para descansar,
siente el mozo toledano
la ilusión de amar...

De Lagartera vienen ya
sus mercancías a vender.
Mozas tan guapas como allí
en todo el mundo no se ven.

Por la izquierda salen Teresa y
varias lagarteranas, que traen ces-
tillos, jarras, alcarrazas, etc.

TERESA.

Corred más
que antes que sea noche debemos llegar,
y volver mañana para descansar,
después de vendido lo que aquí traemos
para las mocicas que quieran casar.

LAGARTERANAS.

Para las mocicas que quieran casar.

TERESA.

Toledana, traigo para tí
ricas galas, con las que serás
la mujer más feliz
a quien puedan amar.
Toledana, traigo para tí...

Lagarteranas somos,
venimos todas
de Lagartera.

Lindos encajes traigo
de Lagartera y de Talavera.

LAGARTERANAS.

Lagarteranas somos,
nacimos todas
en Lagartera.

Traemos mercancías
de Lagartera y de Talavera.

TERESA.

“A bailar (1),
que por las escaleras baja el padre Juan,
pidiendo limosna para predicar,
y baja diciendo: ¡Agáchate, Pedro!
¡Agáchate, Pedro, y agáchate, Juan!”

(1) Nota de los autores.—Popular.

TODOS. ¡Agáchate, Pedro, y agáchate, Juan!
TERESA. Ese es nuestro cantar popular,
con que expresa su dicha al bailar
la mocica gentil
que en Toledo nació.
Ese es nuestro cantar popular.
TODOS. Lagarteranas somos, etc., etc.

MUTACION

SEGUNDO CUADRO

Patio del mesón del Sevillano. Una galería alta con balaustrada circunda la escena. A esta galería dan las puertas de las habitaciones de los huéspedes, y se supone comunica con el patio por una escalerilla, cuyos peldaños bajos—sólo hay dos o tres visibles al público—están al foro derecha del actor. Al foro izquierda, el portón de entrada, muy amplio. Cuando está abierto se ve la escalera de piedra blanca, larga y recta, que comunica la entrada de la posada con la plaza de Zocodover. En el lateral derecha, dos puertas. La primera conduce a habitaciones interiores, y la segunda, al descargadero y a la cuadra.

En primer término del lateral izquierda hay otra puerta que conduce a la cocina.

En los ángulos, fuertes columnas de piedra que sostienen la galería, y a la derecha del foro, una gran fuente.

En la escena debe haber dos mesas pequeñas y toscas: una, en primer término derecha, y otra, hacia el segundo de la izquierda. Sillas y taburetes, y, en un rincón, un carro destaralado, etc.

Es de noche.

En cada una de las mesas y en algún arcón del foro, velones de aceite encendidos. Al levantarse el telón está cerrado el portón de entrada (foro izquierda).

Rodrigo, sentado ante una de las mesas, bebe. Le sirven Constanca y el Posadero.

RODRIGO. Más vino, hermosa Constanza,
Llena mi vaso hasta el borde,
y el rigor de tus desdenes
entre su espuma se ahogue.

CONSTANCICA. Más me holgara que os callarais.

Mutis por la escalera.

RODRIGO. La moza no se alborote,
que nadie la ofende.

POSADERO. ¿Acaso
vos pensais, pese a mi nombre,
que yo lo consentiría,
seor escudero?

RODRIGO. Perdone,
su merced, señor ventero.
¿Es de cristal?

POSADERO. Es de arropo.
Por eso, tras sus dulzuras,
vuelan siempre los moscones.

Suenan golpes de llamada en el portón
del foro.

Ya voy. ¿Quién llamará?

RODRIGO. Abrid,
y lo veréis.

Por la puerta segunda derecha sale
Don Diego disfrazado de mozo de mu-
las y abre el portón, por donde entra
Fray Miguel montado en el burro, sus
grandes serones repletos de hábitos igua-
les al que trae puesto el clérigo. El por-
tón queda abierto.

FRAY MIGUEL. Buenas noches.

POSADERO. Añabado sea Dios.

FRAY MIGUEL. ¿Tiene esta casa por nombre
el mesón del Sevillano?

POSADERO. Así la llaman.

FRAY MIGUEL. Entonces
decidme, seor mesonero,
sí, al menos por esta noche,
hay pesebre para el asno
y para mí un lecho donde

descansar pueda unas horas
hasta mañana.

POSADERO.

Desmonte
su paternidad. De todo
puedo darle.

FRAY MIGUEL.

Gracias.

RODRIGO.

Por Don Diego.

¿Dónde
diablos he visto esta cara?

FRAY MIGUEL.

A Don Diego.

Cu' dadme de los serones,
que van llenos con los hábitos
de los padres de la Orden.
Con ellos a Talavera,
apenas el sol asome,
he de partir.

Don Diego se va por la segunda derecha, llevando al burro del ronzal.

RODRIGO.

Por mi vida,
que yo conozco a este hombre.

POSADERO.

Vos, padre, venid conmigo.

RODRIGO.

Pues yo, tras del burro voime.

El Posadero y Fray Miguel hacen mutis por la escalerilla. Y Rodrigo, por la segunda derecha. Por la primera izquierda sale la Posadera.

POSADERA.

Por esta noche, más me holgara de tener
el mesón vacío. ¡Torote! ¡Torote! ¿Dónde
estará ese condenado?

Vuelve a bajar el Posadero.

POSADERO.

No alborotes, mujer.

POSADERA.

¿Alojaste a un fraile?

POSADERO.

Poco estorbará. Y más da lugar a la sos-

pecha el exceso de precaución que no la confianza.

POSADERA. ¿Y el huésped de la sala?

POSADERO. Aún ha de tardarse, que andará recorriendo las encrucijadas toledanas a la luz de la luna, buscando motivo para el romance que diz quiere escribir aquí, en Toledo.

Constancica ha bajado por la escalera hace un momento.

POSADERO. ¿Esa mujer...?

CONSTANCICA. No cesa de llorar, con tal pena, que hace llorar al que la oye.

POSADERA. Tarde habrá de pesarnos el guardarla en casa.

CONSTANCICA. ¡Malventurada!

POSADERO. A mí nada me va en ello. El conde don Diego pidióme al anochecer, cuando desmayada la trajeron los suyos, que la guardase por unas horas, ya que esta misma noche había de sacarla de aquí.

POSADERA. ¡Llévesela de una vez, y nos libre de sus endiablados misterios! ¿Por qué ha cambiado ahora su traje de caballero por calzón y ropilla de mozo de mulas?

POSADERO. Allá él.

POSADERA. Un mal hombre se me hace el tal don Diego.

POSADERO. Mal hombre, pero buen pagador.

El Posadero y la Posadera se frotan las manos con ilusión.

POSADERA. ¿Y quién será ella?

POSADERO. Yo pienso que una noble dama disfrazada.

CONSTANCICA. No es sino una pobre doncella, a quien don Diego raptó, ya que de grado no lograba hacerla suya.

POSADERO. Pues bueno será guardarte a ti también, no sea peques de compasiva y abras la jaula al pájaro.

CONSTANCICA. Ni por pienso.

Sale Don Diego por la segunda derecha.

DON DIEGO. Hola.

POSADERO. A vuestras órdenes, señor conde.

DON DIEGO. Para no dar lugar a sospechas, he dicho que vengan después músicos y cantores. Quiero que bailen las mozas.

CONSTANCICA.

Aparte.

¡El rufián!

DON DIEGO. Y que nadie imagine quién se esconde bajo este humilde traje.

POSADERO. No creáis que a mi mesón no vienen caballeros. Seríais uno más.

DON DIEGO. También pueden venir corchetes y cuadrilleros de la Santa Hermandad.

Por el portón llega el Huésped, y queda un momento escuchando.

POSADERO. Ya sabéis, señor, que mi casa es vuestra. En ella sois obedecido en todo. Y para cumplir vuestro mandato de atender a quien sabéis, aquí está mi sobrina Constancica.

DON DIEGO. ¿Vuestra sobrina es ésta? “Más parece hija de comendador que sobrina de mesonero.” (1)

HUESPED. “Más parece.”

Todos se vuelven un poco suspensos hacia él. Pausa. El Huésped avanza hasta el grupo.

(1) De Cervantes todo lo que está entre comillas.

“Y vos, señor mozo de muías, a te que tampoco lo soís por vuestro porte.”

DON DIEGO. “No entiendo lo que decís, señor, en eso de ser o no ser mozo de mulas.”

HUESPED. “Yo sí entiendo.”

Al Posadero.

“¿Qué gente de servicio tenéis en esta vuestra posada?”

Por Constancia.

“Esta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón.”

CONSTANCIA.

Ruborizada.

Señor...

HUESPED. “Digo, doncella, que no solamente os pueden llamar ilustre, sino ilustrísima.”

DON DIEGO. “Pero este título no había de caer sobre el nombre de fregona, sino sobre el de una duquesa.”

HUESPED. “No es fregona, hermano mozo, que hasta ahora la tengo por ver fregar el primer plato.” Así es ella fregona como vos sois criado.

Hace mutis por la primera derecha.
Todos le observan con curiosidad.

DON DIEGO.

Al Posadero.

Decid vos ahora: ¿quién es el dueño de una imaginación tan desaforada?

POSADERO. Un hombre que en sus mocedades fué soldado y que ahora es poeta. Dicen que en Lepanto perdió el uso de su brazo izquierdo; pero mayor es su fama por haber compuesto muchos libros que andan de mano en mano. Aquí se dispone a

escribir otro, y afirma que habrá de darle a mi casa mucha fama.

DCN DIEGO. En verdad pude figurármelo, que, según él teje sus fantasías, bien se advierte su trato con las musas. Maese huésped, nada os digo. Cuidad de esa dama, que no ha de pesaros. Yo he de tardarme poco.

Mutis Don Diego por el portón, que continúa abierto.

POSADERA. Menos había de pesaros si de aquí pronto la llevaran.

POSADERO. Calla tú ahora, que nada mejor podrás hacer. Cada uno a su hacienda, y no se hable más.

A Constancia.

Tú, cuida de estar atenta, por si algo necesita esa mujer.

Mutis los Posaderos por la primera izquierda. Constancia queda sola en escena.

CONSTANCIA. ¡Válame Dios! ¡Y que de esta suerte se pueda perder una doncella, sin que nadie les vaya a la mano! ¡Y un semejante majagranzas ha de ser mirado y alabado!

Por la puerta segunda derecha sale Rodrigo vestido de fraile y tapándose la cara con la capucha.

RODRIGO. Alabado.

CONSTANCIA. ¿Eh?

RODRIGO. Alabado sea Dios.

CONSTANCIA. ¡El fraile! ¿Necesita algo, padre?

RODRIGO. Nada, hija.

CONSTANCIA. ¡Rodrigo!

RODRIGO.

Con mucho misterio.

¡Chst!

CONSTANCICA. Pero...

RODRIGO. ¡Chst...! ¡¡Chst!! ¿Estamos solos?

CONSTANCICA. Pienso que sí.

RODRIGO. Lo sé todo: el secuestro, los propósitos de don Diego y el nombre y condición de la encerrada.

CONSTANCICA. ¿Y vos qué hacéis con esos hábitos sagrados?

RODRIGO. Son de la carga que traía el borrico del fraile.

CONSTANCICA. Con poco respeto le tratáis...

RODRIGO. La intención es buena. Heme cubierto con estas sagradas vestiduras, para, sin inspirar sospechas, ayudar a vuestros caritativos sentimientos de abrir la jaula a la paloma.

Con misterio.

Dios sabrá pagároslo.

Mostrándole una bolsa.

Y mi amo también.

CONSTANCICA. Guardad vuestros dineros, señor fraile de mojiganga. ¿Qué vos pensáis entonces? ¿Acaso es mi intención como mercancía en Zocodover? Sabed que si a mis sentimientos sólo mirara, ya hace tiempo que fuera libre la cautiva.

RODRIGO.

Acercándose.

¿De veras lo de...?

Se pisa el hábito.

¡Cristo, que me mato...! ¿De veras lo decís? ¡Oh, fregona caritativa, princesa de la escoba, reina del fogón!

CONSTANCICA. ¡Ta, ta, ta! Aparte, hermano fraile, que se escurre...

RODRIGO. ¡No mientes la frailería, ¡pardiez!, que, aunque visto de lana, no soy borrego!

CONSTANCICA. ¡Qué pena tendrán las pastoras!

RODRIGO. Con tal de que tú lo fueras, yo, *be, be, be.*

MUSICA

RODRIGO. Si tú fueras pastora,
yo fuere corderito,
¡be, beee!,

Triscara por el prado,
travieso y rizadito.
¡Be, beee...!

CONSTANCICA. Si yo fuera pastora,
tuviera mi pastor,
¡be, beee!,
que tierno me arrullara,
que amante me contara,
que ardiente me pintara
las ansias del amor.
¡Beeee...!

RODRIGO.

¡Beeee...!

CONSTANCICA. Las ansias del amor...

RODRIGO. ¿Amor? ¡Terrible cosa!

¿Tú lo has nombrado?

No lo mientes, hermosa,
que es gran pecado.

CONSTANCICA. ¿Decís que es gran pecado?

RODRIGO.

De perdición,

si no lo salva un acto
de contrición.

CONSTANCICA. ¡Ay, qué miedo me da!

¡Confesión, confesión!

RODRIGO.

El infierno abrirá
para ti su mansión.

CONSTANCICA. Padre mío, ¡qué horror!

¡Yo pequé! ¡Yo pequé!

RODRIGO. ¡Si es pecado de amor,
perdonarte sabré...!

CONSTANCICA. ¡Confesión!

Rodrigo coge una criba grande
que habrá colgada en un rincón.
se sienta en un banquillo y pone
el tamiz entre su cara y la de
Constancia, que se ha arrodillado
junto a él en guisa de penitente.

RODRIGO. ¿Tú estarás arrepentida?

CONSTANCICA. Lo está toda la vida
la que a un galán oyó...

RODRIGO. ¿Tú?

CONSTANCICA. ¡Yo!

RODRIGO. Pues ten mucho sentido,
que alguna he conocido
que, ante un galán rendido,
su corazón abrió...

CONSTANCICA. ¿Tú?

RODRIGO. ¡Yo!

¡Y ya no le cerró...!

CONSTANCICA. ¡Ay! ¡Qué miedo me da!

¡Tu perdón!

RODRIGO. Mi perdón,
¡o el infierno abrirá
para ti su mansión!

Rodrigo la absuelve, y al ir ella a besarle la mano él intenta besarla en la cara, y ella le da un bofetón.

HABLADO

CONSTANCICA. No olvidéis vuestra promesa. ¿Tan fea os parezco?

RODRIGO. No recordéis mis cuitas, y satisfaced vues-

tros caritativos sentimientos. Traedme acá a la hermosa Raquel. He de hablarla, en nombre de mi amo.

CONSTANCICA. Bien quisiera. ¿No teméis por vuestra

RODRIGO. Ya he dicho muchas veces que yo no temo nada ni a nadie. Soy bravo como el león; como la serpiente, astuto; sanguinario, como el leopardo; valiente, como el...

Don Diego, que ha vuelto por el portón, le pone una mano en un hombro, y Rodrigo da un respingo.

¡Canario!

Huye, pisándose el hábito, por la escalerilla.

DON DIEGO. ¿Qué hacía su reverencia?

¿No se retira?

CONSTANCICA.

Aparte.

¡Don Diego!

DON DIEGO. ¿O es que el corazón del fraile también se inflamó en secreto por vuestras gracias, cual todos, y está en sus encantos preso?

CONSTANCICA. Donosa es, señor, la buria.

Continúan hablando bajo.
Momentos antes ha salido el Huésped por la primera derecha.

HUESPED. Esta es Constanza. Don Diego, que ya su nombre conozco, enamorarla en secreto pretende, y mozo de mulas se finge para este objeto. Falta saber quién es ella, que la moza, a lo que entiendo, tampoco es lo que parece.

DON DIEGO. Cumplid mi encargo. Aquí espero.

Constancia hace mutis por la escal-
rilla.

HUESPED. Hermano mozo.

DON DIEGO. ¿Señor?

HUESPED. Vuestra inclinación comprendo.

DON DIEGO.

Muy asombrado.

¿Por Constanza?

HUESPED. Está a la vista.

DON DIEGO. ¡ Ah! ¿ Pensáis que... ?

HUESPED. Así lo pienso.

Y en verdad que lo merece
la fregona. "Yo confieso
que de cuantas vi, y vi muchas,
ninguna le iguala en mérito."

DON DIEGO. Señor, por mi nombre os juro
que jamás mi pensamiento
se fijó en esta doncella.

HUESPED. Eso, mozo, así lo creo,
como que vos sois villano
y ella fregona en Toledo.

Mutis el Huésped por la primera de-
recha.

DON DIEGO. Pues con ella, señor manco,
erráis, pese a vuestro ingenio,
porque fregona es la moza
como yo soy caballero.

Mas, de obstinaros en que ella
es la mujer que yo quiero,
como conviene a mi empresa,
os dejaré en vuestro yerro.

Raquel, acompañada de Constancia,
baja por la escalerilla. Constancia vuel-
ve a hacer mutis en seguida. Don Diego
se acerca a Raquel, y ella le rechaza.

DON DIEGO. Sois esquivá.
RAQUEL. Soy honesta y os aborrezco.
DON DIEGO. Os adoro y tengo medios para vencer vuestra resistencia.
RAQUEL. Triste será el triunfo. Mi corazón jamás podrá perteneceros. Sois un villano.
DON DIEGO. Os amo.
RAQUEL. Yo tendré quien me defienda.
DON DIEGO. Pues he de haceros mía, de grado o por fuerza. No quiero afligiros más, pero esta noche saldremos los dos de Toledo. ¡Mae-se huésped!

POSADERO.

Por la primera izquierda.

¿Señor?

DON DIEGO. Cerrad la puerta cuando salga.

Mutis Don Diego por el portón del foro. El Posadero lo cierra y hace mutis por la primera izquierda. Queda Raquel sola en escena.

MUSICA

RAQUEL. La pena me hace llorar,
consuelo me da el amor,
que sabe amor en el alma
mitigar el dolor.
Hoy, que sueño, enamorada,
mi sueño es un ciego afán.
¡Quién pudiera convertirlo
en feliz realidad!
Si saber Juan Luis pudiera
el sitio de mi prisión,
por mi libertad vendría,
para luchar por nuestro amor.

En mi corazón vacío
hice un altar para él.
¡Defenderle y defenderse
sabrà Raquel!

HABLADO

Por la escalera baja Constanica.

CONSTANICA. No lloréis, hermosa doncella, que me par-
tís el alma.

RAQUEL. Salvadme vos, si sois tan caritativa cual
lo parecís.

CONSTANICA. Os lo prometo. Antes os hice bajar, con-
tra vuestro gusto y el mío, por cumplir
una orden. Pronto os llamaré otra vez, y
os juro que será más de vuestro grado.
¿No sabéis? Alguien que os interesa mu-
cho logró averiguar vuestro encierro, y
espera un aviso mío cerca de aquí.

RAQUEL.

Ilusionada.

¿Decís verdad?

CONSTANICA. Pronto lo veréis.

Se oye tumulto fuera.

RAQUEL.

¿Qué ruido es ese?

CONSTANICA. Serán los mozos de mulas y los músicos
que don Diego previno, para mayor disi-
mulo de sus propósitos. Subid ahora a
vuestro aposento y estad tranquila.

Constanica acompaña a Raquel hasta
los primeros peldaños de la escalera. Ra-
quel hace mutis.

Por la primera izquierda salen los Po-
saderos. El Posadero abre el portón del
foro, por donde entran, con gran algazara,
Don Diego y los embozados, mozos de
mulas, mozas, etc., etc.

POSADERO. Por aquí. Entrad, entrad, que la de hoy es noche de holgorio en el mesón del Sevillano.

MUSICA

CORO. “Entren, pues, todos los ninfos y las ninfas que han de entrar, que el baile de la Chacona es más ancho que la mar.” (1)

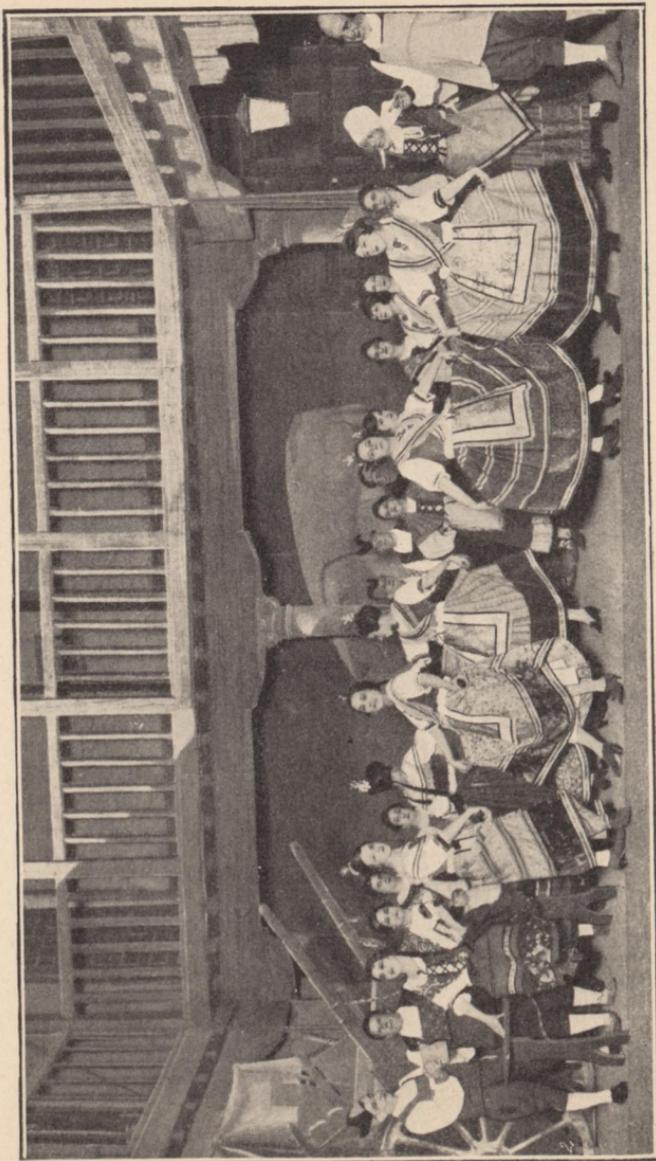
DON DIEGO. Dadme acá la guitarra, ventero, y a las mozas hagamos bailar. Atended a mi son, porque quiero al bailar que miréis lo primero a los pasos que os voy a tocar.

Comienza el baile.

CONSTANCIA. “El brío y la ligereza en los viejos se remoza, y en los mancebos se ensalza y sobre modo se entona. Que el baile de la Chacona encierra la vida bona.”
“Esta a quien es tributaria, la turba de las fregonas, la caterva de los pajes y de lacayos las tropas, dice, jura y no revienta que, a pesar de la persona del soberbio Zampapalo, ella es la flor de la olla, y que sólo la Chacona encierra la vida bona.”

CORO. “El brío y la ligereza, etc., etc.”

(1) Los cantables entre comillas son de *La ilustre fregona*, de Cervantes.



HABLADO

RODRIGO.

Saliendo por la escalerilla, interrumpe la música.

¡Calla, borracho; calla, cuero; calla, odri-
na, poeta de viejo, músico falso! ¡Cállate!
¡Brrr!

Vuelve a hacer mutis. Todos se quedan de una pieza.

DON DIEGO. ¿Quién habló?

POSADERO. El fraile parece.

EMBOZADO 2.º A fe que tiene brío.

EMBOZADO 1.º ¡Que vaya al diablo!

GINESA. Id vos primero, señor sobón.

EMBOZADO 1.º ¡Calle la princesa de la escoba!

UN MOZO. ¡Aquí no hay princesas, pero tampoco habrá bigardos!

EMBOZADO 1.º ¿Eso a mí? ¡Tomad!

Le da un puñetazo. El mozo le contesta con furia, y comienza una verdadera batalla entre los mozos y los embozados. Don Diego no se queda corto en ayudar a los embozados. Las mujeres huyen por todas partes. Constanca y la Posadera hacen mutis por la escalerilla.

MOZAS.

Al huir.

¡Ay, ay, ay!

POSADERO. ¡Haya paz, o lo echo todo a doce!

MOZO 1.º ¡Cobardes!

EMBOZADO 1.º ¡Toma tú, señor valiente!

EMBOZADO 2.º ¡No ha de quedar uno!

MOZO 2.º ¡Favor, justicia!

DON DIEGO. ¡Teneos firmes, que ya son nuestros!

MOZO 1.º

A otro mozo.

¡Corre, Torote, que llevamos la peor parte.

Huyen los mozos por el portón de entrada, foro izquierda. Quedan en escena Don Diego, el Posadero y los cuatro embozados.

DON DIEGO. Dejadles ya. No tienen a'na para mirar tranquilos el brillo de vuestros aceros.

EMBOZADO 1.º ¿Y qué hemos de hacer ahora, señor?

DON DIEGO. Esperadme fuera. Yo también saldré; pero, en la calle, no acercaros a mí. Cuidad, sobre todo, que no salga ninguna mujer de la posada, no sea si no que se nos escape el pájaro.

EMBOZADO 2.º El coche aguarda en Zocodover.

DON DIEGO. ¿Y los caballos?

EMBOZADO 1.º Prevenidos están, asimismo.

DON DIEGO. A poco de dar las doce, estad atentos a mi señal y entraréis conmigo.

EMBOZADO 1.º A vuestras órdenes.

Mutis los embozados por el foro izquierda, el portón, que continúa abierto desde que entraron los mozos, Don Diego y los embozados, antes de la Chacona.

DON DIEGO. Escuchad vos ahora. Si esta noche logro mi propósito de sacar a esa moza de vuestra casa sin que de ello se entere ni el aire, sabré recompensaros con tantos doblones como pelos tenéis en vuestra cabeza.

El Posadero, desolado, se lleva la mano a la cabeza; es totalmente calvo.

O como pudierais tener.

POSADERO. ¡Ah, eso, bien!

DON DIEGO. ¿No tendréis miedo?

POSADERO. Horroroso, señor. Si la Justicia llega...

DON DIEGO. Yo sabré libramme de ella.

Don Diego hace mutis por el portón. El Posadero lo cierra y hace mutis por la segunda derecha. Por la tercera derecha, o sea la escalerilla, sale cautelosamente Constancia, cruza la escena de puntillas y se acerca para atisbar á la puerta primera izquierda. Después vuelve sobre sus pasos, y, cuando está cruzando la escena, nuevamente sale el Huésped por la primera derecha, y le corta el paso.

HUESPED. Si vos place, aguardad, noble señora...

Constancia, asombrada al oírse tratar así, reprime una carcajada.

Y si tan grande habéis la gentileza como mi atrevimiento lo es ahora, que le escuchéis rendido aquí os implora este criado de vuestra grandeza.

CONST.

Riendo.

Váyase enhorabuena, señor mío, que en hidalgo cual vos, tan bien mirado, más que razón parece desvarío tratarme de grandeza y señorío.

La que sirve no ha menester criado.

HUESPED. Digo que yo me tengo como tal y que el vestido humilde que lleváis, vuestra cuna, señora, tapa mal, pues con él, por mi fe que no lográis ocultar un origen principal.

Digo también que vuestro enamorado tan receloso está de su persona, que con ropas de mozo disfrazado quiere pasar aquí por un criado, mientras vos parecéis una fregona. Vuestra beldad tomó muy bajo empleo

con este oficio que de vos conozco;
mas lo pone tan alto mi deseo,
que, viéndole, señora, no le veo,
y, conociéndole, le desconozco.

Digo que cuando empiezo en la bajeza
de vuestro humilde estado a reparar,
mi pensamiento acuden a borrar
el sosiego, el donaire y la belleza
con que Nuestro Señor quiso adornar
vuestra persona. Y doy en entender
que, tras esa corteza, su fulgor
clarísimo se esfuerza en esconder
algún brillante de tan gran valor,
que se oculta a la luz por no querer
que el sol se ofusque con su resplandor.
No sé quién sois ni cómo aquí vinisteis;
sólo sé que de aquí pronto saldréis,
y que, esperando cerca, ya tenéis
al galán venturoso que escogisteis,
que os llevará donde mejor estéis.

CONST. Es lástima y muy grande, señor mío,
que de verdad no fuera cosa real
eso de ser yo dama principal
y nunca un sueño de su desvario.
Os juro por mi nombre que soy tal
como parezco. Ved que quien tenía
la intención de ocultarse disfrazado,
por mí no viene, que antes ha robado
a otra mujer en cierta espadería,
para guardarla aquí, mal de su grado.
Si, para asegurar esto que digo,
lo que es más cierto conocer queréis,
desde aquel escondrijo, bien podéis
de cuanto aquí suceda ser testigo
sin que nadie sospeche.

HUESPED.

Pretendéis

engañarme, mas quiero obedecer.

CONST.

Pues vuestras impaciencias demorad,
aquí escondeos, desde aquí mirad,
y antes de un hora no podréis tener
ninguna duda. La única verdad
es que, siendo villana, en noble empresa,
como dar libertad a una cautiva,
cuando llegasteis a emplearme iba.
; Esa acción sí que es digna de princesa!

HUESPED. ; Y, como una princesa, sois altiva!

El Huésped hace mutis por la primera
izquierda.

Constancia se acerca a la escalerilla
del foro derecha y llama.

CONSTANCICA. Rodrigo... Rodrigo...

RODRIGO.

Dentro.

¿Duermen ya todos?

CONSTANCICA. Baja aquí.

Rodrigo baja a la escena.

La fechoría tienen preparada para esta
noche, pero hasta las doce no será. Mi
señor tío y amo espera la hora en su apo-
sento, creyéndonos a todos recogidos.

RODRIGO.

¡Ah, miserables, cuando yo los coja!

CONSTANCICA. ¡Más bajo!

RODRIGO.

Muy bajo, pero accionando mucho.

¡Miserables!

CONSTANCICA. ¿Y tu señor?

RODRIGO.

En la calleja espera.

CONSTANCICA.

Hazle entrar por la ventanuca, que por el
portón podría ser visto de esos malan-
drines.

RODRIGO. Trayendo mi amo su tizona al cinto, ninguno de ellos puede llegarle a la suela del zapato.

CONSTANCICA. ¡Chst! ¡Te he dicho que más bajo!

RODRIGO. ¿Más bajo que la sue'a?

CONSTANCICA. No chanceses y haz lo que te digo.

RODRIGO. Corro a ello.

Inicia el mutis por la primera izquierda. En la misma puerta da un alarido de terror.

¡¡ Ah!!

CONSTANCICA. ¡Chst! ¿Qué es?

RODRIGO. ¡Un hombre! ¡Un hombre! ¡Allí hay un hombre escondido!

CONSTANCICA. No es enemigo, calla. Deja de alborotar y haz lo que te digo.

Rodrigo hace mutis. Constancica sube por la escalerilla y entra en el cuarto de Raquel. Queda la escena sola.

MUSICA

Entra Juan Luis por la primera izquierda.

JUAN LUIS. Mujer de los negros ojos,
la de la trenza morena.
Mujer de los labios rojos
como la flor del amor.
Mujer de perfil gitano,
que tiene sangre agarena...
¡Mujer de cuerpo pagano,
eres llama, verso y flor!

Raquel,
tras destes muros prisionera,
mi amor

de tu prisión viene a librarte.

¡Mujer,

el que te dió su vida entera,

morir

sabrá por ti para salvarte!

Por la escalerilla bajan Raquel y
Constancia.

HABLADO

RAQUEL. Marchaos, señor, marchaos. Esta es una
cueva de malhechores. Capaces serían de
quitaros la vida.

JUAN LUIS. ¿En qué mejor empresa podría perderla?

RAQUEL. Guardadla para mí.

JUAN LUIS. Ya es tuya para siempre. Mira con qué
afán he de mirar por ella.

Asona Rodrigo por la primera iz-
quierda.

RODRIGO. Señor, la do-do...

JUAN LUIS. ¿Qué hablas ahí?

RODRIGO. Las do-do..., que las do-do..., que van a
dar las doce.

Se pisa el hábito al huir.

¡Par-pardiez con el hábito!

Se lo recoge por delante.

Como ellos suelen tener el vientre tan
orondo, me sobra una legua por delante.

Mutis.

JUAN LUIS. Vuelve a tu estancia y está tranquila.
No temas, que, pase lo que pase, llegaré
a tiempo.

RAQUEL.

En vos confío.

Raquel sube por la escalerilla, y Juan Luis hace mutis precipitadamente por la primera izquierda. Constancia coge el velón que estará sobre la mesa de la izquierda y otro que habrá sobre el arcón del foro y hace mutis por la escalerilla. Queda la escena muy oscura, alumbrada únicamente por el velón que continúa sobre la mesa de primer término derecha y la luz de la luna.

MUSICA

No hay nadie en escena. La orquesta ataca una suave melodía descriptiva: los ruidos de la noche en Toledo. Por la primera izquierda sale lentamente el Huésped.

HUESPED.

Recitando sobre música.

“Pintura sobre pintura”,
traiciones y encrucijadas;
raptos, celos, cuchilladas,
misterio, amor, aventura...

Desde la calle llega, confusa y triste como un lamento, la voz de un pregonero.

PREGONERO.

Dentro.

Una limosna dejad
para hacer bien por el alma
del que van a ajusticiar.

HUESPED.

Mezcla admirable y extraña...
Místicos y aventureros
y poetas y guerreros.
¡Es Castilla... y es España!

Hace mutis por la primera derecha y vuelve a salir en seguida con tintero, pergaminos y plumas de ave.

Pausa.

La orquesta glosa el motivo de la obra, que se extingue, poco a poco, a lo lejos. Suenan lentas y sonoras las campanadas de las doce en la Catedral.

Al sonar de su campana,
sabe hablar al corazón,
con voces de tradición,
la Catedral toledana.

Pausa.

Se sienta ante la mesa de la derecha en actitud de escribir.

Toledo, solar hispano,
crisol de la raza ibera,
¡dichoso aquel que naciera
español y toledano!
¡Oh, Toledo, si yo puedo,
para tu honor y mi gloria,
he de escribir una historia
en un mesón de Toledo!

Queda pensativo; el codo en la mesa y la mano en la frente. Mientras concluye el número de música permanece inmóvil en esta postura.

HABLADO

Lllaman al portón. Al oírlo, el Huésped se levanta y hace mutis precipitadamente por la primera derecha, dejando sobre la mesa el tintero, la pluma y los pergaminos.

Por la segunda derecha sale el Posadero con un velón, que deja encima de la mesa de la izquierda. Vuelve a aumentar la luz de la escena. El Posadero abre el portón, por donde entran, sigilosamente, Don Diego y los cuatro embozados. Don Diego viene ya con su traje de caballero.

DON DIEGO. ¿Reposa todo el mundo en la posada?

POSADERO. Así lo creo, señor.

DON DIEGO. Cerrad pronto y dejadnos el campo libre.

POSADERO. Pero...

DON DIEGO. Obedece.

Mutis el Posadero por la segunda derecha.

Tomás y Miguel, vigilad aquí. Vosotros subid conmigo.

Cuando se disponen a subir sale Rodrigo por la primera izquierda.

RODRIGO.

Aparte.

Aquí de mi encargo. ¡Dios me valga!

Se persigna y se dirige a Don Diego resueltamente.

Santas y buenas.

DON DIEGO. ¡Maldito fraile!

EMBOZADO 1.º ¿Queréis que lo eche a cintarazos, señor?

DON DIEGO. Esperad.

RODRIGO.

Aparte.

¿Qué estarán tramando, San Pedro?

DON DIEGO. Tarde se recoge su paternidad.

EMBOZADO 1.º Tarde.

EMBOZADO 2.º Tarde.

RODRIGO. ¿Tar-tar-tarde? ¿Es tarde? No es tarde. Regular de tarde.

DON DIEGO. ¡Tarde!

EMBOZADO 1.º ¡¡Tarde!!

EMBOZADO 2.º ¡¡¡Tarde!!!

RODRIGO. Tarde, tarde, tarde.

Pausa. Rodrigo está cada vez más confuso. Don Diego se le queda mirando fijamente.

¡Je, je!

Aparte.

¿Dónde me dará la primera?

Se pisa el hábito.

- DON DIEGO. Os pisais el hábito.
RODRIGO. Es que no lo tengo.
DON DIEGO. ¿No tenéis qué?
RODRIGO. Que no tengo hábito, costumbre, vamos,
de andar a estas horas...
DON DIEGO. Es natural. ¿A qué hora se recogen sus
paternidades en el convento?
RODRIGO. A las... A las... No tenemos hora fija...
Los hay que no se recogen.

Se levanta el hábito para no pisárselo.

Yo sí me recojo.

Aparte.

¿A qué hora me recogerán a mí?

EMBOZADO I.^o ¿Y os vais a pasar en pie la noche?

RODRIGO. Según me dé.

Aparte.

Sí, porque como me dé con todas sus
fuerzas me tiende para *in eternum*.

DON DIEGO. Este fraile no parece el que llegó antes.

Se dirige a él.

RODRIGO.

Aparte, aterrado.

Llegó mi hora, llegó mi hora. "Padre
nuestro..."

DON DIEGO. Decid, Padre mío...

RODRIGO.

Maquinalmente.

Nuestro, nuestro...

DON DIEGO. ¿Eh?

RODRIGO. Nuestro, que estás en los Cielos...

DON DIEGO. ¿Qué decís?

RODRIGO. Rezo.

DON DIEGO. ¿Ahora?

RODRIGO. Cualquiera es buena para dirigirse al Señor.

DON DIEGO. Este fraile es de figurón.

EMBOZADO I.^o Bien hacéis en rezar, que los demonios rondan por los mesones en las noches toledanas.

RODRIGO.

Con expresión indefinible.

¿To-toledanas?

EMBOZADO I.^o Sí.

RODRIGO. Sí.

Aparte.

¡Qué noche!

DON DIEGO. ¿Qué decís entre dientes?

RODRIGO. Yo por la noche no digo nada.

DON DIEGO. ¿Y por la mañana, qué decís?

RODRIGO. Misa. Por la mañana digo misa. ¿Y vos?

DON DIEGO. Yo digo que así decís vos misa como yo canto maitines, y que ni sois fraile ni cosa que lo valga, sino un bigardo mal-sín a quien no sé si dar una vuelta de cintarazos o dejarle por lástima.

RODRIGO. Dejadme. ¿Para qué os vais a molestar?

DON DIEGO. ¿Quién eres?

RODRIGO. ¡Señor, yo...!

DON DIEGO.

Zarandeándole.

¿Quién eres, miserable?

RODRIGO. ¡Quien a vos plazca, soldad!

Aparte.

Ya ni sé quién soy.

Suenan recios golpes en el portón de entrada.

UNA VOZ.

Dentro.

¡Abrid a la Justicia!

DON DIEGO. ¡Maldición!

EMBOZADO 1.º La Justicia.

EMBOZADO 2.º ¡Perdidos estamos!

DON DIEGO. Por eso demoraba nuestro intento. Tal era su misión.

RODRIGO. ¡Juro que no! ¡Juro que no!

DON DIEGO. No hay escape. Caeremos en sus manos, pero tú no has de verlo.

Todos le rodean, golpeándole.

EMBOZADO 1.º No le valdrán los hábitos.

Llaman nuevamente al portón.

EMBOZADO 2.º ¡Bellaco!

EMBOZADO 1.º ¡Traidor!

DON DIEGO. ¡Has de pagar tu engaño!

RODRIGO. ¡Perdón, perdón, perdón! Si me soltáis, yo sabré salvaros.

EMBOZADO 2.º ¿Cómo?

Le sueltan, y él hace mutis por la segunda derecha, volviendo a salir inmediatamente con los serones del boricario que trajo el fraile auténtico.

DON DIEGO. No le hagáis caso, que será otra añagaza.

RODRIGO. ¡Juro que os salvo!

Señalando a los serones.

¡Pronto! ¡Ponecs esos hábitos!

EMBOZADO 1.º ¿Eh?

DON DIEGO. ¡Excelente idea! Pronto.

Los embozados y Don Diego se visten los hábitos precipitadamente. Fuera continúan llamando cada vez más fuerte.

UNA VOZ. ¡Abrid a la Justicia!

Sale el Posadero por la segunda derecha.

POSADERO. Señor, somos perdidos.

DON DIEGO. Aguarda, antes de abrir. Cuando entren, sólo han de encontrarse con una comunidad de pacíficos disciplinantes.

RODRIGO.

Aparte.

¿Disciplinantes? ¡Je, je! Ya veréis lo que os dura la alegría.

El Posadero abre el portón. Entran cinco corchetes.

CORCHETE I.º ¡Ténganse todos! ¿Qué es esto? ¿Frailes?

POSADERO. Ya lo ve vuestra merced.

RODRIGO. Arrodiillaos, hermanos, y oremos.

Todos le obedecen.

Ha llegado la hora de mortificar nuestros cuerpos pecadores.

Coge un vergajo que habrá colgado de la pared y le atiza a Don Diego un latigazo formidable en la espalda.

Disciplinémonos. ¡Zas!

DON DIEGO. ¡¡Ah!! Pero ¿qué hacéis?

RODRIGO. Es para que no sospechen.

Al embozado primero.

Ulcerémonos. ¡Zas!

EMBOZADO I.º ¡¡Ay!!

RODRIGO.

A Don Dñego, nuevamente.

Lacerémonos. ¡Zas!

DON DIEGO. ¡¡Vive Dios!!

RODRIGO.

Al embozado segundo.

Mortifiquémonos. ¡Zas!

EMBOZADO 2.º ¡¡Ah!!

El Huésped sale por la primera derecha, y Constancia y Raquel, por la escalera.

CORCHETE I.^o ¿Entonces son sólo frailes?

RODRIGO. Ahora les estoy haciendo cardenales. Desollémoslos. ¡Zas!

EMBOZADO 3.^o ¡Maldición!

Por el foro izquierda llega Juan Luis.

JUAN LUIS. ¿Qué es esto?

RODRIGO. La degollación de los Inocentes. Aquí los tenéis, señor.

A los corchetes.

Estos son los malvados que buscabais.
¡Pardiez, cómo abriga la estameña!

Se quita el hábito.

DON DIEGO. ¡Ah, traidor!

El Posadero, por lo que pudiera ocurrir, hace mutis por la primera izquierda.

JUAN LUIS.

A los corchetes.

He aquí al conde Don Diego de Peñalba.
Cumplid las órdenes que traéis.

CORCHETE I.^o Daos preso.

DON DIEGO. Esta es una felonía que ha de aclararse.

CORCHETE I.^o Mientras se aclara, hacedme la merced de acompañarnos.

RODRIGO. Pero dejen los hábitos, que era un préstamo solo.

CONSTANCICA.

Al Huésped.

¿Qué decís ahora, señor? ¿Venía por mí el fingido mozo de muías, y era yo la gran señora que pensabais?

CORCHETE I.^o Marchemos ya.

Los corchetes se llevan a los emboscados y a Don Diego.

RODRIGO. Llevadlos, llevadlos. ¿Pensaron que era orégano todo el monte?

Inicia el mutis.

JUAN LUIS. ¿Adónde vas, Rodrigo?

RODRIGO. A despertar al fraile verdadero. A cambio de lo que pasé esta noche, voy a pedirle que me cambie la penitencia. Renuncio para siempre a las feas.

Contemplando amorosamente a Constancaica.

¡Ay, San Pedro!

Mutis por la escalera.

JUAN LUIS. Ya eres libre, Raquel de mi alma. Tu padre nos espera impaciente.

RAQUEL. ¿Y después?

JUAN LUIS. Después, mía para siempre.

RAQUEL. ¡Mi Juan Luis!

JUAN LUIS. Vamos pronto.

Raquel, en silencio y con gran emoción, abraza fuertemente a Constancaica, y después hace mutis con Juan Luis por el foro izquierda. El Huésped, entre tanto, se ha sentado ante una de las mesas y se dispone a escribir. Constancaica, después del mutis de Raquel y Juan Luis, coge el velón e inicia el mutis, pero antes de subir a su aposento se detiene junto al escritor con el velón en alto. Cuadro. Pausa breve.

CONSTANCAICA. ¿Pues ahora, señor, qué hacéis?

HUESPED. Ningún momento mejor para empezar mi labor.

CONSTANCAICA. ¿Y qué es lo que escribiréis?

HUESPED. Vas a saberlo, curiosa. Escribo, Constanza hermana, la historia de una villana



tan honesta y tan hermosa,
que, aunque nació en baja esfera,
por gran dama la tomé.
Yo haré creer que lo fué
a la gente venidera.

CONSTANCICA.

Con ilusión.

¿La historia de mi persona?

HUESPED.

Y el título tengo ya.

CONSTANCICA.

¿Pues cómo se llamará,
señor?

HUESPED.

“La Ilustre Fregona”.

TELON LENTO

BIS EN LA ORQUESTA

FIN DE LA OBRA

Obras de Enrique Reoyo

LECTURA

Horas tontas.—Versos festivos.

TEATRO

El primer novio.—Diálogo en prosa.

La canción de la esclava.—Zarzuela en un acto y tres cuadros, escrita en verso, música del maestro Muguierza.

El loco.—Drama en dos actos y en prosa.

El castigo sin venganza.—Refundición del drama en tres jornadas, de Lope de Vega.

Don Juanito y su escudero.—Sainete lírico, en un acto y tres cuadros, música del maestro Soutullo.

Los cien mil hijos de San Luis.—Juguete cómico, en tres actos y en prosa.

El genio de Murillo.—Disparate cómico, en un acto y en prosa.

La tragedia del bufón.—Drama, en cuatro actos y en verso, adaptación del de Víctor Hugo, *Le Roi s'amuse*.

Mi mujer ya está en casa.—Comedia, en tres actos y en prosa.

La quinta del misterio.—Caricatura de obra policíaca, en tres actos y en prosa.

La condesa del Triánón.—Opereta, en tres actos y en prosa, música del maestro Messenger.

La leyenda del beso.—Zarzuela, en dos actos y tres cuadros, escrita en verso y prosa, música de los maestros Soutullo y Vert.

La pescadora de Ubiarco.—Zarzuela, en tres actos y cinco cuadros, escrita en verso y prosa, música del maestro José María Tena.

El huésped del Sevillano.—Zarzuela, en dos actos y tres cuadros, escrita en verso y prosa, música del maestro Jacinto Guerrero.

Obras de J. I. Luca de Tena

LECTURA

Añoradas.—Cuentos.

TEATRO

El más feliz.—Comedia, en un acto.

Lo que ha de ser.—Comedia dramática, en tres actos.

Por el amor de Dios.—Idem, íd. íd.

Eduardo y su vecina.—Paso de comedia.

El emigrante.—Libreto de zarzuela de costumbres regionales, en dos actos.

La pimpinela escarlata.—Adaptación de una novela inglesa, en cuatro actos.

El dilema.—Comedia dramática, en dos actos.

El dinero del duque.—Comedia, en tres actos.

Las canas de Don Juan.—Idem, íd. íd.

1830.—Opera cómica, en un acto.

La condesa María.—Comedia, en tres actos.

El huésped del Sevillano.—Zarzuela, en dos actos y tres cuadros.

La opinión de los demás.—Comedia, en tres actos.

Precio: 2 pesetas.